

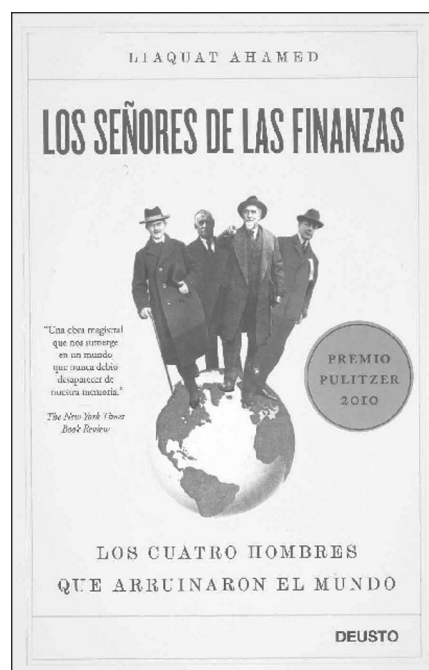
NOTA CRÍTICA

LOS SEÑORES DE LAS FINANZAS

Los cuatro hombres que arruinaron el mundo

Liaquat Ahamed

Deusto, 2011



Se trata de un libro apasionante, publicado por Deusto (del Grupo Planeta) y que, aunque trata de un tema aparentemente muy especializado, se lee como una novela y, es más, adquiere la velocidad e intensidad propia de una novela de misterio.

Aunque el libro, que fue Premio Pulitzer en el año 2010, trata de acontecimientos que tuvieron lugar hace muchos años (entre 80 y 100) pero que resultan totalmente actuales: lo que en él describe el autor

parece una proyección sobre el pasado de acontecimientos que se están viviendo ahora mismo en el seno de la Unión Europea y, especialmente, en los países que pertenecen a la zona euro. Aunque la gravedad de los acontecimientos de aquel período, junto con los mucho más trágicos que les siguieron, hace pensar que esto de ahora sea solo una repetición en tono muy menor de todo aquello.

El autor, Liaquat Ahamed, es un economista de Harvard y Cambridge que en otra etapa de su vida trabajó como asesor del Banco Mundial y actualmente sigue desarrollando su trabajo profesional como consultor. También forma parte del Consejo de Administración de la Brookings Institution.

El libro se centra en los acontecimientos que llevaron al mundo a la Gran Depresión de los años treinta y en los que fueron algunos de sus protagonistas, los gobernadores de los cuatro bancos centrales de las potencias de entonces: Gran Bretaña, EE UU, Alemania y Francia. Unos protagonistas que uno hubiera tendido a pensar que estaban mucho más en la sombra de lo que lo están hoy en día el presidente de la Reserva Federal de los EE UU o el presidente del Banco Central Europeo, pero que probablemente, a escala de lo que eran los medios de comunicación de entonces, fundamentalmente escritos y con la radio en sus primeros años, gozaban de una gran notoriedad. Tanta, que

Montagu Norman, que dirigía los destinos del Banco de Inglaterra, solía viajar lo más de incógnito que podía, con nombres supuestos, e incluso llegó a saltar de un tren en marcha o a descolgarse de la cubierta de un barco por una escala de cuerda para tratar de evitar el acoso de los periodistas.

El libro viene acompañado en la contraportada de los merecidos comentarios elogiosos de algunos medios de comunicación anglosajones. Entre ellos llama la atención el que hace Frank Ahrens desde el Washington Post, deseando que «nuestra economía esté en manos de dirigentes más numerosos, menos poderosos y mucho más sabios de lo que fueron sus predecesores», algo que llama la atención sobremedida en un momento en que es fácil encontrar en la prensa diaria comentarios precisamente sobre la falta de esas cualidades (sobre todo la de sabios) en los dirigentes actuales. Ya se sabe que hay cierta tendencia a exagerar las virtudes de líderes del pasado y contrastarlas con la carencia que de ellas tienen los actuales, olvidándose de que a aquellos líderes, en su momento, se les trató con la misma o parecida dureza. Y cuando las referencias son a la construcción europea, esas alabanzas suelen ir destinadas a los Helmut Kohl, François Mitterrand, etcétera. Sin caer en la cuenta de que el proyecto europeo (y más específicamente el de la eurozona) estuvo a punto de naufragar cuando eran ellos los que

trataban de orientarse sobre como dirigirlo.

Pues bien, la desventaja que tienen los gobernadores de los bancos centrales de hace 80 años a la hora de ser juzgados desde el momento actual, es que todos sabemos que aquello terminó en desastre: la Gran Depresión, que fue seguida de la Segunda Guerra Mundial. Cuáles de sus actuaciones contribuyeron decisivamente a ese doble y dramático desenlace es algo realmente difícil de calcular, en la medida en que los acontecimientos históricos no pueden repetirse a escala en un laboratorio, cambiando alguna de las condiciones iniciales para ver si se obtienen resultados muy diferentes. Por eso, de la lectura del libro de Liaquat, se pueden extraer conclusiones diferentes, aunque lo más probable es que la mayoritaria sea, como en el caso del crítico del *Washington Post*, negativa.

Y es que ya se ha convertido en parte de la cultura general el atribuir a la Reserva Federal de los EE UU, y a su entonces presidente, Benjamin Strong, los errores de política monetaria que contribuyeron decisivamente a un agravamiento de la crisis. Y probablemente haya sido Milton Friedman el que más haya contribuido a ello.

Sin embargo, en *Los señores de las finanzas* se descubre algo mucho menos conocido: la parte de responsabilidad que tuvo Francia en la evolución de los acontecimientos y en la contracción de la produc-

ción y del comercio mundial que de todo ello se derivó.

En el relato que hace Liaquat Ahamed esa responsabilidad de Francia queda muy resaltada, aunque él no llegue tan lejos como para intentar cuantificarla, algo que ha hecho, en cambio otro autor, Douglas Irwin, en un texto corto y sustancioso, posterior a la publicación del libro, y titulado «¿Causó Francia la Gran Depresión?». Douglas Irwin (en ese texto que puede encontrarse en inglés en <http://www.voxeu.org/index.php?q=node/5536>) dice que la política aplicada por Francia en la gestión de sus reservas de oro se puede considerar responsable de la mitad del 30 por 100 de deflación experimentado por la economía mundial entre 1930 y 1931.

Los señores de las finanzas, con ese demoledor subtítulo de *Los cuatro hombres que arruinaron el mundo*, distribuye las responsabilidades de manera muy parecida: Francia y EE UU con sus enormes reservas de oro tenían que haber actuado de manera más generosa financiando a los países que por tener déficit en su balanza por cuenta corriente necesitaban esa financiación para sobrevivir. Esa generosidad hubiera sido de las que siempre proporcionan una buena rentabilidad: la que se deriva de no poner a nadie contra las cuerdas y cerrarle todas las salidas. O, dicho más concretamente, la que proviene de que el estímulo de la actividad económi-

ca de los demás redunde, normalmente, en el propio beneficio también.

Pero la complejidad de la situación era tal que los acontecimientos se fueron deslizando poco a poco hacia el abismo. Todo está muy bien reflejado en el libro, que describe lo que ocurrió de una manera tan amena que quien no sea especialista en estas materias puede seguir su desarrollo sin problema.

Entre las cosas que el libro permite visualizar está la tesis de que tanto los políticos como los técnicos que aparentemente controlan los acontecimientos, son en la mayoría de las ocasiones gobernados por éstos. Salvo en el caso de los grandes errores, que a veces también se cometen.

Hay que recordar que todo lo descrito en el libro transcurre en los 15 años que siguieron al final de la Primera Guerra Mundial, que dejó a Alemania pendiente de pagar las reparaciones por los daños causados en la guerra y a Francia con las deudas contraídas para poder financiarla. Deudas y reparaciones de guerra que emponzoñaron el ambiente e impidieron que muchos de los asuntos económicos que tenían que debatirse entonces se vieran con mayor claridad y no a través del prisma deformante de los odios y resentimientos que la guerra había dejado tras de sí.

El libro también permite ver cómo muchos de los instrumentos de gestión de las políticas monetarias que

actualmente parecen triviales, entonces se entendían solo de manera limitada. O que, incluso, los líderes que con el tiempo se han considerado más preclaros (incluyendo aquí a Franklin Delano Roosevelt) tenían errores de concepto en temas básicos o se dedicaban a perder el tiempo con el tipo de cambio en el día a día, como si de un operador de sala de un banco o un bróker se tratara (recuérdese la prima de riesgo).

Y es que, a veces, producen hilaridad algunas de las anécdotas contenidas en el libro, contemplando cómo los grandes y poderosos de este mundo tienen con frecuencia un comportamiento infantil o inexperto, o ambas cosas a la vez.

Así, el presidente Hoover, que presidió los tres primeros años de la Gran recesión, y bajo cuyo mandato tuvo lugar lo más duro del ajuste en términos de crecimiento económico y subida del desempleo, se cogió una verdadera patata porque Francia no hacía frente a sus deudas de guerra y comentó a sus colaboradores la posibilidad de hacerse con las reservas de oro que el Banco de Francia tenía depositadas en EE UU.

La actitud egoísta, y sobre todo miope, de los países que tenían reservas de oro está muy bien descrita en el libro con el papel del director del Banco de Francia, quedando bastante mal parado. Un director cuya vida se describe (como la de los otros protagonistas) también en

el libro y que parece por sí sola encarnar los 40 años de historia francesa que van desde 1895 a 1935, incluyendo episodios quizá poco conocidos en España, pero que forman parte de la crónica negra de los inicios del Siglo XX en Francia: el asesinato de Calmette, director del diario *Le Figaro*, a manos de la mujer del Ministro de Hacienda francés: en venganza por la campaña que, a su entender, el periódico mantenía contra su marido decidió pegarle un tiro. Lo que provocó la caída del ministro (aunque posteriormente volvió al Gobierno) y con ello truncó provisionalmente la carrera de su colaborador, que luego sería gobernador del Banco de Francia, el inspector de hacienda Émile Moreau.

Los señores de las finanzas es pues un amenísimo fresco de cómo era el mundo (sobre todo Europa y Norteamérica) en los 35 primeros años del Siglo XX. De las discusiones sobre el patrón oro y sobre el papel de los gobiernos en la actividad económica. De las dificultades para fraguar consensos en momentos críticos (especialmente interesante es contemplar cómo esa falta de consenso entre los bancos que forman la Reserva Federal llevó a que la política propuesta por el más preclaro, el Banco de la Reserva Federal de Nueva York, no pudiese ser aplicada).

Y también de la parte humana de los protagonistas de la historia, a veces solo dejada insinuar. De las ambiciones, los miedos y las ambi-

güedades de alguno de los personajes (especialmente el gobernador alemán Hjalmar Schacht, a quien se describe como arrogante y malhumorado) y del papel que aún supo jugar después de la guerra.

Podría tratarse de las andanzas de Ben Bernanke, Jean-Claude Trichet y Mervyn King (gobernadores de la Reserva Federal, el BCE y el Banco de Inglaterra, respectivamente) aunque se pueda pensar que, en la actualidad, algunos de los errores de entonces no se vayan a cometer. Y es verdad que, en lo que atañe a suministrar liquidez a los bancos en las situaciones más apuradas, la actuación de los bancos centrales (incluyendo al de Japón) ha sido casi impecable. Aunque esta es una impresión favorable que, si se afina un poco la búsqueda de declaraciones poco afortunadas de los últimos meses, tiende a desaparecer: Mervyn King pidiendo a los bancos ingleses prudencia en sus tratos con los del continente y medidas de protección frente al euro; o algunas de las figuras políticas de mayor relieve haciendo declaraciones de tipo casi profético (Sarkozy diciendo que la reunión del Consejo Europeo del 8 y 9 de diciembre de 2011, en Bruselas, era la última oportunidad; o la canciller alemana Angela Merkel afirmando que el euro había perdido su credibilidad el mismo día en que la reunión comenzaba).

En fin, un libro que cumple con la máxima de «instruir deleitando» y

que provoca en el lector, de manera continuada, la asociación de ideas con las discusiones, encuentros y desencuentros del momento actual: si el BCE debe intervenir, o no, más contundentemente en los mercados de deuda pública; si la política monetaria cuantitativa que ha practicado la Reserva Federal, en los últimos años, debe o no ser replicada en Europa; si habría peligro de esa inflación a la que los alemanes temen tanto y que, por encima de su espíritu ahorrador, les describe aún traumatizados por la hiperinflación

de los años veinte (que hace que en el resto de Europa se tenga una visión sobre ellos equivalente a la que tienen sobre España los que piensan que aquí los hombres van vestidos de toreros y las mujeres de cor Tobesas). Y así sucesivamente, pasando por la política fiscal y los intentos desesperados por coordinar las políticas que parecen siempre destinadas a mejor ocasión (o a «mejor Cumbre»).

Todo ello sin olvidar que la situación actual tendría que empeorar mucho para que fuera comparable con

aquella: ni el PIB de los países más avanzados ha sufrido caídas comparables al 33 por 100 de entonces en EE UU (solo Islandia se ha quedado a mitad de camino, con su 17 por 100 de retroceso) ni por ahora los Gobiernos han cometido los errores de bulto de entonces en la gestión de la crisis. ¡Ah! Y, además, tampoco ha pillado a los europeos y americanos con odios recientes y a flor de piel. Lo que comparado con lo de entonces no deja de ser una enorme ventaja.

Juan Ignacio Crespo Carrillo